

LA CASA DE LAS BOTICARIAS

ABRAHAM RUIZ JIMÉNEZ

Creo que fue por los días de la Transición y en una de esas mañanas transparentes o luminosas en que Cehegín exulta y exalta los sentidos.

He dicho que era por los días de la Transición pues no había iniciado la ciudad esos proyectos de rehabilitación del Casco Antiguo que le han devuelto la frescura y, sobre todo, la han salvado de la ruina arquitectónica en que se estaba sumiendo.

Yo estaba todavía en activo de mi vida profesional y los fines de semana que era posible nos desplazábamos a esa citada población. Volvíamos a casa tras de asistir a la celebración eucarística de las doce y nos encontramos en la esquina de la C/ Alonso Góngora con la calle Mayor, junto a la imponente mole de la *casa de las boticarias* con ellos:

Eran Asensio Sáez y Alberto Colao, que salían, encandilados, de esa casa. ¡Que encuentro más cordial!, y el saludo con las dos gemelas, Carmen y Emilia, de las cuatro hermanas Ortega Lorencio, que salieron hasta la puerta a despedirlos. Las otras dos hermanas mayores eran Teresa y Pepa, ahora lo contaré.

LA CASA DE LAS BOTICARIAS, que así reza la placa que el Ayuntamiento ha colocado, como en otras tantas casas o mansiones notables, informando a viandantes y foráneos de sus orígenes, tiene su acceso principal por la citada de Alonso Góngora, no calle que sí callejón, que se emboca desde el palacete del Marqués de San Mamés, hoy recuperado y rejuvenecido Casino.



Don ALONSO GÓNGORA, era el Alférez Mayor de la villa que el día 8 de abril de 1623, dice su partida de defunción en el archivo parroquial de Santa M^a Magdalena, que falleció sin hacer testamento. Supuestamente es que tuvo un lance de honor con don Martín de Ambel y Bernard, (el autor de ese famoso Manuscrito sobre la historia de Cehegín), por cuyo motivo se acogió éste al *derecho de asilo* en la Ermita de Nuestra Señora de la Concepción, y así estuvo durante 38 años, hasta su fallecimiento el 2 de julio de 1661, siendo enterrado en la capilla de San Juan que era la que gozaba de los privilegios de la Basílica romana de Letrán. Quizás, no han sido derogados.

La mansión, data de los siglos XVII y XVIII y en la fachada a la calle Mayor campea un curioso y original escudo de la familia “Álvarez”, según la citada placa. El tema de los múltiples escudos en las casas de Cehegín es un verdadero laberinto pues salvo los *famosos* todo está por desentrañar y es debido al ocaso de tantas familias que desaparecieron y a la trasgresión en las transmisiones de fincas, en este caso, urbanas.

Tiene la casa una galería, claustro, o lo que las propietarias llamaban, “Corredor”, abierto a las tres plantas del edificio que da acceso a las habitaciones, y ello da posibilidad a lo que reza la placa: “que perteneció a las Monjas de la Concepción”. (No he encontrado rastros por lo que me inclino a que fuera una mansión de tipo feudal).

Flanquean la entrada dos columnas, muy deterioradas, de las que, posiblemente, custodiaban el Templo de Júpiter en la primitiva Begastri que, como es sabido, a partir de la invasión árabe comenzó su declive y sus materiales nobles espaciados a través de los siglos, hasta finales del XIX, llevados a templos y mansiones civiles para ornato de los mismos. Estas dos columnas bien pudieron ser trasladadas por don Cayo, de quien hablaremos, como guardianes de su mansión. De ahí la denominación que tuvo durante tantos siglos la descubierta Begastri, como cabezo o “cabecico de roenas”, de las ruinas.

La casa de las boticarias la adquirió para residencia, y la de su sobrino, el cura párroco de la Magdalena, don Frey Cayo Ortega y Muñoz, profeso de la Orden de Santiago, posesionado en 1864 por la Vicaría “vere nullius” de Caravaca y que pasó

a la jurisdicción diocesana por virtud del Concordato de 1851, de larga, lenta y dura cumplimentación, en 1874, fallecido en 1880.

El sobrino, era don Telesforo Ortega y Rivas, huérfano y criado a la sombra de este imponente clérigo que en las solemnidades se colocaba el manto con la cruz roja, en forma de lagarto, de su Orden; don Telesforo estudió Farmacia, puso “botica” en uno de los bajos de la mansión citada y contrajo nupcias con doña Emilia Lorencio y Clemente, perteneciente a una de las prestigiosas y adineradas familias de la localidad, sin entrar en el orden de los blasones, aunque Lorencio figura entre los apellidos hidalgos.

El matrimonio de don Telesforo y doña Emilia tuvo la descendencia de cuatro hijas: Teresa, Pepa y las dos gemelas citadas, Carmen y Emilia, amén de un varón, “don Paco Ortega”, que también fue farmacéutico, aunque separado, pues fallecido el padre, la viuda e hijas continuaron con el local abierto a modo de droguería o para-farmacia, con gran conocimiento de las *fórmulas magistrales*, muchas de las cuales inventó don Telesforo para los médicos del Partido Judicial y de Bullas; por ello, las señoritas de Ortega Lorencio ya serían “las boticarias”. Con mi suegra tenían una amistad fraternal, de esas que se daban en los pueblos y que yo creo han desaparecido con las corrientes de aire renovador.

De todas las personas populares de los pueblos se han referido mil anécdotas y voy a recordar dos referidas a esta distinguida y original familia:

– una mañana penetra en “la botica” una mozuela y le espeta a don Telesforo, que estaba despachando,

– *dice mi madre que si tiene V. espíritu de contradicción,*

a lo que contesta el licenciado,

– *Pepica, dile a tu madre que baje, que preguntan por ella,*

La otra anécdota, es esta:

– Allá por los años de 1930 fueron los misioneros, y en una primera reunión acordaron con las señoras constituir grupos de trabajo en varias viviendas y al sugerir ofrecimientos de casas para ello, las cuatro hermanas contestaron al unísono:

– *En mi corredor.*

– *En mi corredor.*

– *En mi corredor.*

– *En mi corredor.*

y el misionero, preguntó por las características de aquellos corredores ... que eran el mismo, naturalmente, cuyas características han quedado explicadas más arriba, hoy en estado de pura ruina.

Doña Emilia falleció centenaria, cuidada y mimada por aquellas hijas ejemplares, dotadas de gran carácter, poco agraciadas físicamente, muy listas, y que hablaban las cuatro a la vez, lo que causó tanta gracia a los visitantes amigos.

Y ahora volvamos a ellos, que habían ido a Cehegín a hacer turismo rápido y les habían recomendado que no se fueran sin ver “la casa de las boticarias”. No recuerdo, por medio de quien les fue abierta la mansión que, además, tantas curiosidades encerraba, entre ellas una impresionante talla en madera que representaba, y así era conocida, como la “cabeza de San Pablo”.

La última de las hermanas, Carmen, dejó por heredero a un pariente con cuya familia pasó los últimos años de su vida, el cual, y tras diversos tratos, vendió a tercera persona de otra población, creo que de Castellón, la mansión, con gran parte del imponente mobiliario de los siglos XVIII y XIX, que una vez restaurado voló a destino desconocido, pero es que ha ocurrido lo mismo con el de otras mansiones cuyas familias han desaparecido y los edificios vendidos y transformados.

Se salvaron del éxodo el mobiliario y el ajuar de la farmacia, o botica, que tenía su entrada por la calle Mayor, y que fue donado a un joven licenciado muy querido por las hermanas, nieto e hijo de antiguas amigas de la casa al que, además, habían ayudado económicamente en sus estudios.

Cuando las hermanas Ortega supieron mi relación con estos amigos se interesaron vivamente por ellos, máxime al conocer la categoría intelectual de ambos, pero es que cada vez que yo coincidía con Asensio o con Alberto, me recordaban a las *encantadoras boticarias*.

Quedaron invitados para visitar Cehegín de mi mano, pero aquel deseado encuentro no se realizó. Falleció Alberto y con Asensio volvimos a suscitar el tema que, me dijo, le serviría para uno de sus relatos que, ignoro, si llegó a publicar.

De todas maneras, a mi antigua amistad con Asensio y mi obligación como Correspondiente por Cehegín de esa Real Academia, así como la de Cronista Oficial de la ciudad, me exigían recoger tal paso por la misma y dedicar este recuerdo entrañable que todos los días rememoro al contemplar una preciosa alegoría de La Unión que tengo en mi estudio, debida a sus pinceles.